8 ES

Marx y Engels sobre la ecología - Daniel Tanuro

1. Daniel Tanuro: *Por una reconstrucción ecológica del marxismo*, 2012
2. Friedrich Engels - *La ley del valor y la tasa de ganancia*, 1895

International Institute for Research and Education - Amsterdam
24th Novembre – 15th Decembre 2013

Daniel Tanuro: Por una reconstrucción ecológica del marxismo

Por la primera vez en su historia, la humanidad en su conjunto debe pensar en su emancipación bajo una coacción ecológica global, esencial por una migración de personas e insuperable por una alta productividad del trabajo. Este cambio radical en las condiciones objetivas obliga a reexaminar todos los proyectos políticos que vislumbran instaurar el "reino de la libertad" en la Tierra (MARX, 1984, p. 855).

Un gran desafío

El cambio climático está en relación con el desafío. Tener una posibilidad sobre dos de no sobrepasar en dos grados la temperatura implica que el consumo final de energía baje a la mitad en la Unión Europea, y de tres cuartas partes en los Estados Unidos, de ahora hasta el 2050 (ONU, 2011). Tales objetivos no pueden esperarse sin una disminución en la producción material y de transportes, al menos, en los países "desarrollados".

Se trata de construir un sistema energético totalmente nuevo –descentralizado, 100% renovable, concebido para maximizar la eficiencia termodinámica sobre la eficiencia-costo; y esta gran mutación debe realizarse en dos generaciones. Esto precisa de la planificación de inversiones en los grande consumidores de energía, quienes al inicio de la transición, siguen consumiendo los recursos fósiles en más de un 80%. La transición en sí, será pues la fuente de un sobre-crecimiento en las emisiones y deberá compensarse imperativamente.

Huelga decir que estas obligaciones no podrán ser respetadas en el marco del capitalismo. Un capitalismo planificado, sin crecimiento y que reconozca al beneficio como indicador es, evidentemente, imposible. La catástrofe no puede ser evitada que en un marco donde en modo de producción de corte socialista, basado en la satisfacción de necesidades humanas reales, democráticamente determinadas y en la supresión de producciones obsoletas y fútiles.

El marxismo en cuestión

Sin embargo, frente a esta constricción ecológica, la pregunta se impone: ¿En qué medida, el pensamiento de Marx continua vigente? Sujeto de la transformación socialista, la clase obrera construyó un sindicalismo productivista. Los regímenes que se reconocían en el marxismo compitieron –y compiten, todavía– con el capitalismo en la destrucción del medio ambiente. La cuasi-totalidad de los grupos marxistas faltó a la cita con la cuestión ecológica en los años sesenta del siglo pasado, y muchos de ellos, se contentan en utilizar las amenazas medioambientales con fine de propaganda anti-capitalista general.

Para algunos, el materialismo histórico no es apropiado para la comprensión de la relación entre la sociedad y el entorno. Thomas Malthus regresa para estar de moda, a tal grado, que muchos autores lo consideran como el primer ecologista moderno. La crítica a-histórica de la técnica efectuada por Heidegger encuentra un gran eco en las obras de Hans Jonas, Jacques Ellul y André Lebeau. Para otros, como John Stuart Mill o Pierre-Joseph Proudhon, se trataría de buscar pistas para salir del productivismo, del consumo y de la hiper-centralización técnica y política de las sociedades.

Por el contrario, John B. Foster considera que existe una "ecología de Marx" (FOSTER, 2000). Una opinión parecida es defendida por Paul Burkett (1999). Ambos autores tienen el mérito de poner las

cosas en claro sobre el llamado “productivismo” de Marx, pero tienden a caer en la apología y en el anacronismo. La tesis que defenderemos aquí es diferente: - La concepción marxista de las relaciones humanidad-naturaleza constituye un marco adecuado y su crítica al modo de producción capitalista proporciona instrumentos indispensables en la comprensión de la “crisis ecológica”. Existen muchísimas “intuiciones ecológicas” en Marx, contrariamente a lo que sostenía Daniel Bensaïd (BENSAID, 2002); - Al mismo tiempo, la obra de Marx está atravesada de tensiones, zonas obscuras y contradictorias. Su “ecología” no es más que un potencial donde la realización pasa por una reapropiación crítica e una práctica de lucha, una reconstrucción.

Dos caras de la misma moneda

Faltaría más espacio para discutir aquí la concepción que Marx tiene de la naturaleza en general y de la naturaleza humana en particular, de la relación entre ambas y de su evolución histórica. Se abordará directamente el segundo punto: la elucidación que la crítica del capitalismo arroja sobre la “crisis ecológica”1 contemporánea. De entrada, conviene subrayar que, en el espíritu de Marx, la explotación del trabajo y de la naturaleza son dos procesos inseparables en la sociedad capitalista. Por cuatro principales razones:

-Primo, la fuerza de trabajo humano es de suyo un recurso natural. La “fuerza natural del hombre” y la “fuerza natural de la tierra” constituyen “las dos única fuentes de toda riqueza” expoliadas por el capital;

-Secundo, la explotación de esta fuerza como mercancía presupone que el productor sea separado de otros recursos naturales, por la apropiación capitalista de la tierra. Sin este “extremo desgaste” entre el ser humano y su “cuerpo inorgánico”, no hay industrialización ni urbanización capitalista (MARX, 1972, p. 159);

-Tertio, como el monopolio de la clase de terratenientes sobre la tierra impide la igualación de la tasa de ganancia, la productividad de malas tierras determina el valor de los productos agrícolas, estos puedes ser vendidos en su valor –superior al precio de su producción, y toda inversión del capital sobre la tierra más fértil aumenta el monto de la renta diferenciada. Es más, durante el largo periodo que la compasión orgánica del capital agrícola es más débil dentro de la media de aquella del capital industrial, cada propietario percibe también una renta absoluta, incluso sobre las peores tierras. Además, la renta se debe a la sobre-ganancia acaparada a expensas de los otros sectores y de la sociedad entera. Tomado como consumador, esta desperdicia de trabajo social para pagar los productos del suelo por encima de su precio;

-Quarto: la explotación combinada del trabajo y de otros recursos tiene consecuencias tanto en la agricultura como en la industria. En el campo, fomenta una agricultura cada vez más intensa, especializada, capitalista y con mano de obra pobre. En la ciudad, contribuye a compensar la caída tendencial de la tasa de ganancia por una disminución relativa del valor de la fuerza de trabajo –posible porque la agricultura capitalista tiende a reducir los costos en los alimentos de base (gracias a la mecanización, la concentración de la tierra, etc.).

La capacidad, en este análisis, de ligar la integración creciente de la industria, la agricultura y la financia y sus actuales secuelas (la “mala comida”, el campo vacio, las aguas contaminadas, la tierra agotada, la apropiación de recursos) aparece nítidamente en la conclusión que Marx saca en El Capital, al final de la larga sección dedicada a la renta capitalista de la tierra:

“La gran industria y la agricultura industrialmente explotada en gran escala operan en forma conjunta. Si en un principio se distinguen por el hecho de que la primera devasta y arruina más la fuerza de trabajo, y por ende la fuerza natural del hombre, mientras que la segunda depreda en forma más directa la fuerza natural del suelo, en el curso ulterior de los sucesos ambas se estrechan la mano, puesto que el sistema industrial rural también extenúa a los obreros, mientras que la industria y el comercio, por su parte, procuran a la agricultura los medios para el agotamiento del suelo” (MARX, 1984, p. 848).

¿Productivismo?

Marx no es un “productivista” pues se opone la producción de valores de uso con los valores de cambio. Desde el cuarto capítulo de El Capital, él coloca claramente la diferencia entre la primera con la segunda así: la forma M-D-M (mercancía-dinero-mercancía) es limitada por la finitud de las necesidades humanas; mientras que la forma capitalista D-M-D’ (dinero-mercancía-dinero prima, es decir, “más dinero”) “no tiene fin” porque “el comienzo y el fin son una solo y misma cosa, dinero, valor de cambio” (…) por tanto “la circulación contiene su finalidad en sí, ya que esto no es más que el perene movimiento renovado que el valor contiene para hacerse valor”. “El movimiento del capital no tiene por tanto limites” (MARX, 1969, pp. 118-119). Más claro: no conoce otro límite que el del capital mismo, en otras palabras, la relación social de explotación que tiene por condición la apropiación de los recursos. La famosa fórmula por la que Marx coloca que el capital agota las dos únicas fuentes de toda riqueza –la tierra y el trabajador– (Ibíd., p. 363), se desprende de este análisis. Es la misma idea de un agotamiento conjunto de las fuerzas del hombre y de la tierra que está desarrollada en la cita anterior.

Las implicaciones a largo término de la dinámica de la acumulación sin límites del valor son explorados con una asombrosa presciencia en un pasaje poco conocido de los Grundrisse: “La producción de plus valor relativo, basado en el aumento de las fuerzas productivas, exige la creación de un consumo nuevo; al seno de la circulación, la esfera del consumo deberá por tanto aumentar también en la esfera productiva. Como resultado: 1) se extiende cuantitativamente el consumo existente; 2) se crean necesidades exageradas propagando las necesidades en una esfera mayor; 3) se crean nuevas necesidades, se descubre y se producen nuevos valores de cambio (…) De ahí que hay que explorar la naturaleza para descubrir los objetos de propiedad y de los nuevos valores para intercambiar, a una escala universal, los productos de todas las latitudes y de todos los países, y someter los frutos de la naturaleza a tratamientos artificiales con la finalidad de otorgar valores de uso nuevos. Exploraremos la tierra en todos los sentidos, tanto para descubrir los nuevos objetos útiles como para otorgarles valores de uso nuevos a los antiguos objetos; se utilizara estos últimos de algún modo como materia primaria; se desarrollara por tanto al máximo las ciencias de la naturaleza. Nos esforzaremos, por otra parte, en descubrir, en crear y en satisfacer las necesidades que resultan de la sociedad misma” (MARX, 1973, pp 213-214) Las modificaciones genéticas, la apropiación de genomas, el biometismo industrial, entre otros, entran perfectamente en este marco.

Algunos afirman que la fe marxista en las posibilidades de desarrollo de las fuerzas productivas seria análoga a las concepciones neoliberales sobre la sustentabilidad absoluta del capital sobre los recursos. La cita siguiente muestra que no es así:

“Supongamos, dice Marx, que las máquinas, los productos técnicos, etc. ocupan un lugar cada vez mayor. Hay que tomar en cuenta, que en la agricultura (como en la industria extractiva) no interviene solamente la productividad social sino también la productividad natural. Es posible que el aumento de la productividad social apenas compense o incluso no compense la disminución de la fuerza natural, pero todos modos esta compensación solo tendrá un efecto temporal” (MARX, 1984, p. 802)

¿Por qué Marx sostiene que el aumento de la productividad social apenas compense o incluso no compense la disminución de la fuerza natural? Porque él sabe, gracias a Liebig, que el aumento de la productividad agrícola no es una función lineal sino decreciente del aporte del capital bajo la forma de máquinas y de productos químicos, por ejemplo, los fertilizantes.

¿Por qué escribe que esta compensación no será que temporal? Porque está consciente del hecho que los aportes del capital no puede sino diferir las consecuencias de la ruptura del ciclo de nutrientes impulsados por la urbanización, como fue descrito por Liebig.

Anticipaciones geniales

La comprensión de la evolución combinada entre la agricultura y la industria capitalistas, la primera dependiente en mayor medida de la productividad natural y la segunda de la productividad social, permite a Marx señalar más finamente una serie de contradicciones específicas del régimen de acumulación. Tomemos cinco: 1. Fluctuaciones cada vez más importantes en el precio de productos agrícolas.

"Existen en la naturaleza cosas como las materias vegetales y animales, incluyendo el crecimiento y la producción, que están sujetas a leyes orgánicas determinadas en función de ciertos periodos naturales, y que de repente no pueden multiplicarse, en la misma medida que las máquinas, por ejemplo, o de cualquier otro elemento del capital fijo (…) por tanto, la multiplicación no puede producirse en un tiempo muy corto (…) Por consiguiente, es posible e, incluso, inevitable dentro de la producción capitalista desarrollada que la producción y la multiplicación de la porción de capital constante consista en capital fijo, herramientas, etc. y que tome un avance considerable sobre la porción constituida por las materias primas orgánicas, de suerte que la demanda ce esas materias primeras aumente más rápido que la oferta y que por tanto los precios suban" (Ibíd., p. 129).

Marx deduce una tendencia de la alternancia de la inflación y de la depreciación de los precios de las materias primeras agrícolas, que tiene como consecuencia el fortalecimiento de regiones primarais de producción, la aumentación del capital invertido en dichas zonas, por tanto, la competencia aún más desfavorable en las zonas secundarias (Marx, 1984, pp. 129-131). En efecto, es este mecanismo que explica cómo se constituyeron grandes zonas de mono-cultura agro-industrial (maíz, soya, trigo, arroz) destruyendo la soberanía alimentaria de los pueblos, arruinando a los pequeños campesinos y transformando vastas regiones en páramos verdes.

2. Distribución sesgada en beneficio de las inversiones en la producción de alimentos y de materias primas agrícolas.

Marx no vislumbra explícitamente que el mecanismo descrito anteriormente desequilibrara la división del trabajo en detrimento de los agricultores productores de alimentos, pero esta conclusión se desprende lógicamente de su análisis. Ella se concretiza actualmente en la producción masiva de agro-carburantes a partir de las culturas alimentarias, que acelera a su vez la tendencia a la alza convulsiva de los precios agrícolas.

3. Al seno de la producción alimentaria, tendencia a la desproporción de inversiones en el ganado, en detrimento de la producción de grano. Marx no considera la producción de carne como "esencial". Su análisis permite comprender las razones que llevan al capital en dirección de un desarrollo excesivo en la cría industrial de animales de carnicería, en detrimento de otros bienes de subsistencia –esto que corresponde a la tendencia actual. Así es cómo él aborda esta cuestión. Además, la renta diferenciada,

probó la existencia de una renta absoluta, debida a la composición orgánica del capital más débil en la agricultura que en la industria. Entonces, responde a la objeción que puede surgir del hecho que "en la cría a gran escala, la masa de la fuerza de trabajo es empleada de manera muy baja en comparación al capital constante que representa la propia ganadería". Lo hace apoyándose en Adam Smith:

"Uno de los méritos de Adam Smith es de haber mostrado que por el ganado y, en general, para todos los capitales invertidos en el suelo y que no son dedicados a la producción de alimentos esenciales, como el trigo por ejemplo, la determinación del precio se hace de manera diferenciada. Así es como el precio es establecido: el producto de un terreno, digamos de un campo artificial utilizado para el ganado, pero que podría también ser transformado en tierra de cultivo de una cierta calidad, debe tener un precio suficientemente alto para ganar la misma renta de un terreno de la misma cualidad; por consecuencia, la renta de la tierra de trigo entra de manera determinante en el precio del ganando; (…) de esta manera, el precio del ganado es artificialmente acrecentada por el capital, por la expresión económica de la renta de la tierra, por tanto, por la propiedad de la tierra en sí" (MARX, 1984, p. 803).

4. Interés capitalista aumentado para la pesca, las minas y los bosques naturales, donde la gratuidad de la materia prima hace posible un superbeneficio particularmente importante. El razonamiento efectuado sobre el ganado se aplica mutatis mutandis a la pesca, a las minas y a los bosques naturales: "La renta absoluta juega un papel considerable aún (en estos sectores) donde uno de los elementos del capital constante, la materia primas, desaparece completamente y donde el capital tiene necesariamente la composición la más baja" (Ibíd. p. 808). La apropiación y la destrucción insensata de los bosques tropicales no se explican solamente por la lógica del beneficio sino por la existencia de un súper-beneficio, incluso mayor mientras la demanda es fuerte:

"El capital consiste aquí, casi únicamente como capital variable, gastado en el trabajo, y por tanto se pone en movimiento sobre un trabajo excedente de capital del mismo tamaño. El valor de la madera contiene por tanto también un gran excedente de trabajo no pagado, que la de un producto obtenido con capitales de composición superior. La madera puede, por tanto, pagar el beneficio medio y obtener, en forma de renta, un excedente considerable para el dueño del bosque. Por el contrario, como el corte de la madera puede fácilmente tomar la extensión y su producción aumentar rápidamente, se puede suponer que hay una considerable aumentación de la demanda para que el precio de la madera sea igual a su valor y que todo el excedente de trabajo no pagado (excedente del beneficio medio) le toque al propietario en forma de renta".

Este aumento considerable en la demanda es actualmente alimentado por los mecanismos como el no reciclaje del papel y la obsolescencia programada de muebles. 5. Durante el periodo de crisis, tendencia del capital a buscar seguridad y de fluir hacia la tierra y otros recursos generadores de renta, y a explotar el espacio por medio de la propiedad inmobiliaria.

La gran ventaja de la renta, es que ella permite al propietario "explotar el desarrollo social en el que no contribuye en nada y por el que no arriesga nada" (L3, p. 809). La renta de hecho reviene porque "una parte de la sociedad exige del otro que ella le page un tributo" (p. 810). Pero la renta de un bien no explotado no puede que ser reducido. Es porque "en periodo de penuria de capitales, no será suficiente que un terreno no cultivado pueda dar tierras de una ganancia media a los agricultores (…) para orientar capital adicional hacia la agricultura". Por el contrario, "en periodos de inundaciones, el capital fluye hacia la misma tierra sin que hay una alza de precios en el mercado y dotado simplemente de condiciones normales de existencia por otro lado"

¿Acaso no es lo que hoy constatamos con el alza de las bienes raíces, las compras masivas de tierra

como inversión financiera, la apropiación de los sumideros de carbón generadores de créditos de emisión, etc.?

Gestión irracional del "cuerpo inorgánico"

De todo ello, Marx saca en múltiples ocasiones la misma conclusión:

"El mismo espíritu de la producción capitalista, centrada en el beneficio el más inmediato, (está) en contradicción con la agricultura, que debe llevar su producción tomando en cuenta el conjunto de las condiciones de existencia permanente de las generaciones que le suceden" (L. 3, p. 652). Y además, "La moral de la historia (…), es que el sistema capitalista se opone a una agricultura racional o que la agricultura racional es incompatible con el sistema capitalista (aunque favorezca su desarrollo técnico) y requiere la intervención de un campesinado que trabaje para sí su tierra o el control de productores asociados" (Ibíd., p. 132).

Más general, el análisis del doble agotamiento capitalista de la tierra y del trabajador conduce a Marx a una conclusión de dos partes:

- El desarrollo humano está delimitado por una doble frontera: "La fecundidad de la naturaleza constituye un límite, un punto de arranque, una base (…) El desarrollo de la fuerza productiva social constituye el otro límite"; (Ibid, pp 670-671)

- En ese contexto, "La única libertad posible es que el hombre social, los productores asociados, arreglen racionalmente sus intercambios con la naturaleza, que ellos la controlen juntos en lugar de ser dominados por su capacidad ciega y que ellos logren estos intercambios gastando el mínimo de fuera en condiciones más dignas, más conformes a la naturaleza humana. Pero esta actividad constituirá siempre el reino de la necesidad. Es más allá que comienza el desarrollo de las fuerzas humanas como un fin en sí, el verdadero reino de la libertad que no puede prosperar sino fundándose en otra base, aquella de la necesidad. La condición esencial de este florecimiento es la reducción de la jornada laboral" (Ibid p. 855)

Como sabemos, esta segunda parte está inspirada directamente de los trabajos de Liebig sobre la ruptura del ciclo de alimentos debido a la urbanización capitalista. El genio de Marx es de generalizar el problema de los suelos tratados por Liebig en el conjunto de los intercambios entre la humanidad y el resto de la naturaleza. Deduce: - la necesidad del pasaje a un modo de producción basado en el valor de uso y en la satisfacción de necesidades humanas reales, esto implica la supresión de la propiedad capitalista sobre la tierra, el regreso a "los bienes comunes":

"Desde el punto de vista de una organización económicamente superior de la sociedad, el derecho de la propiedad de algunos individuos sobre las partes de lo global parecería también absurdo que el derecho de propiedad de un individuo sobre otro. Una sociedad completa, una nación e incluso todas las sociedades contemporáneas reunidas no son dueñas de la tierra. Ellas no son más que poseedoras, ellas no tienen más que el placer y están obligada a legarlas a las generaciones futuras después de haber mejorado en boni patres familias" (ibid, p. 812);

- Es indispensable la abolición de la separación entre ciudades y campo. Incluso va más lejos: en la medida que se constata el comercio mundial –de fibras concretamente- agrava la irracionalidad de la administración de intercambios con la naturaleza, no es exagerado considerar que la relocalización de la economía y de la soberanía alimentaria son reivindicaciones perfectamente coherentes con la crítica

marxista del capitalismo. Las citas mencionadas anteriormente muestran que la contestación de los mono-cultivos y del ganado industrial encuentra también su lugar dentro de una crítica marxista al modo de producción capitalista.

¿Una "ecología de Marx"?

En suma, las anticipaciones de la evolución de las relaciones humanidad-naturaleza son múltiples y remarcables en la obra e Marx, en particular en El Capital. No se trata de fulgurantes aleatoria sino de rigurosas conclusiones que resultan de cada análisis de la dinámica de la acumulación del valor.

Además, Marx insiste sobre el hecho que su crítica de la agricultura capitalista es transportable mutatis mutandis a otros dominios de actividades que generan renta: el agua, su fuerza motriz, los recursos minerales, los recursos en general e incluso el espacio geográfico: "elemento de toda producción y necesario a toda actividad humana" (Ibid, p 810). Es por tanto, una visión general del capitalismo como perturbador del metabolismo entre el ser humano y el resto de la naturaleza que emerge aquí.

¿Por tanto, se puede hablar de una "ecología de Marx"? Los alegatos de John B. Foster y de Paul Burkett tiene el mérito de rehabilitar al autor de El Capital en contra de una ofensiva ideológica que no cuenta con un solo fundamento serio. Parece evidente que hay una continuidad entre el Marx joven que define la naturaleza como "el cuerpo inorgánico del hombre" y el Marx maduro que tacha a la acumulación capitalista como el obstáculo absoluto de la buena administración del metabolismo entre la humanidad y este "cuerpo inorgánico". La base de esta continuidad, es su concepción materialista de la naturaleza, de la naturaleza humana, y de la relación entre la humanidad y el resto de la naturaleza.

"La ecología de Marx" es por tanto una reconstrucción. Brillante pero que no se asume como tal. De modo que ella hace un impasse en las tensiones, las preguntas no resueltas, digamos las fallas en el pensamiento marxista. Es aquí que hay que ser cuidadoso en una doble trampa: la apología y el anacronismo. Puesto que Marx, que no conoció las "crisis ecológicas" locales, no saca –y no podía sacar conclusiones "ecológicamente correctas" de sus propias anticipaciones. Se podrían dar muchos ejemplos de esta afirmación. Nos contentaremos solo con mencionar algunas.

Tensiones, cuestiones, fallas

La remarcable cita de los Grundrisse, por ejemplo, reproducida más arriba, se sigue inmediatamente por las siguientes consideraciones, que la vacían en gran medida de su fuerza ecológica.

"La producción fundada sobre el capital crea así las condiciones de desarrollo de todas las propiedades del hombres social, de un individuo teniendo el máximo de sus necesidades, y por tanto rico de cualidades las más diversas, en suma de una creación así universal y total como posible, ya que el nivel de cultura del hombre aumenta más que si es capaz de disfrutar"

La tensión entre la crítica radical del capital y una cierta fascinación por su "misión civilizadora" es aquí evidente. La actitud de cara al campesinado es otra cuestión bajo tensión. El pasaje donde Marx afirma que una agricultura racional no puede ser practicada que por el pequeño campesino o por los productores asociados es parcialmente contradicha en su obra:

"Uno de los grandes resultados del modo capitalista de producción, es que él hace de la agricultura una aplicación científica consciente de la agronomía –en la medida donde ella es posible en las condiciones de la propiedad privada-, cuando ella era una serie de procesos puramente empíricos y transmitidos

mecánicamente de una generación a otra, de la fracción la menos evolucionada de la sociedad (Marx 1984, p. 652). Y más nítidamente: “La racionalización de la agricultura, que solo ella hace posible en su explotación social” es una de “los dos grandes méritos del mundo capitalista de producción” (ibíd., p. 653).

En otra parte, en la misma sección de El Capital, Marx ironiza en contra de un autor que “cree en leyendas” como que el enriquecimiento del suelo por “el forraje que, sacando de la atmósfera los principales elementos de su vegetación, agregan al suelo más de lo que tomaron” (Ibíd., p. 666). Es cierto que este fenómeno fue establecido científicamente después de la muerte de Marx, pero fue descubierto “empíricamente” desde el siglo XV (MAZOYER y ROUDART, 2002): la primera revolución agraria de los tiempos modernos (el abandono del barbecho, permitiendo una fuerte aumentación de la productividad y una baja de la presión sobre los bosques) y, por tanto, permitió la puesta de ‘la fracción la menos avanzada de la sociedad”. Aquí, Marx tiende a negar los saberes del campesinado en nombre de la “la razón” y de la “ciencia agronómica”.

Esta tensión recubre otra, más fundamental, sobre el papel progresista, o no, del capitalismo. Analizando el empeño del capital a reciclar los residuos y a encontrar nuevos usos a los desechos, Marx escribe esto:

“Incluso en la pequeña cultura, practicada sobre el modo hortícola, como en Lombardía, en el sur de China y en Japón, por ejemplo, se procede a una gran economía de este género. Peor en general, la productividad de la agricultura se obtiene en este sistema a costa de un gran desperdicio de la fuerza de trabajo humano, que son privadas de otras esferas de la producción” (MARX 1984, p. 112).

El desperdicio de la fuerza de trabajo y, por tanto, el bloqueo del desarrollo, son en efecto las quejas que Marx objeta a la pequeña agricultura campesina pre-capitalista: “Para que este modo de producción pueda desarrollarse plenamente, la propiedad del suelo” y “la propiedad comuna que es complemento en todas partes de la economía parcelaria”- “es tan necesaria como la propiedad de las herramientas para el libre desarrollo de la explotación artesanal. En este caso, constituye la base del desarrollo de la autonomía personal. Para el desarrollo de la misma agricultura, constituye un momento necesario” (Ibíd. p. 842) Pero “la pequeña propiedad de la tierra supone que la mayoría de la población es rural y que es el trabajo aislado el que domina y no el trabajo social. En ese caso, la riqueza y el desarrollo de la reproducción, así como sus condiciones materiales y morales son, en consecuencia, imposibles” (Ibíd. p. 848). “La propiedad parcelaria excluye por su misma naturaleza el desarrollo de las fuerzas productivas sociales del trabajo, el establecimiento de las formas sociales del trabajo, la concentración social de los capitales, la cría a gran escala, la aplicación progresiva de la ciencia en la agricultura” (ibíd. p. 842)

En El Capital, Marx no logra decidir netamente entre la pequeña propiedad campesina y la gran propiedad capitalista, a ambas las desdeña:

“En las dos formas, en lugar que la tierra sea consciente y racionalmente tratada como propiedad perpetua de la colectividad, la condición inalienable de existencia y de la reproducción de la serie de generaciones sucesivas, se trata de una explotación de la fuerza del suelo que es equivalente a su desperdicio (…) Para la pequeña propiedad es así por la falta de medios y de conocimiento científico (…); para la gran, porque los agricultores y los propietarios utilizan esos medios para enriquecerse lo más rápido posible. Porque ambas dependen del precio en el mercado (…) La pequeña propiedad crea una clase de barbaros casi al margen de la sociedad, uniendo la rudeza de las formas primitivas con los tormentos y con toda la mísera de los países civilizados. Pero la gran propiedad de la tierra, por el

contrario, mina la fuerza de trabajo en la última zona donde su energía natural busca un refugio: el campo, donde se acumula, finca reservas destinadas a la renovación de la fuerza de las naciones" (Ibíd., p 848).

Lamentar esta indecisión seria caer en el anacronismo: las condiciones históricas de la superación de la contradicción (una agricultura campesina beneficia al mismo tiempo los conocimientos de la ciencia y del régimen de productores asociados en el nivel de la sociedad) no estaba presente en Europa occidental2. No impide que haya en estas páginas una forma de "desdén por el campesinado". Si bien, elogia el saber-hacer de los artesanos y denuncia el robo que se le hace, secuela de la deshumanización del trabajo del obrero por la máquina, Marx no hace justicia a la creatividad de las comunidades rurales que crearon sistemas agrarios variados de plantas adaptados a diferentes y rudos ambientes.

Por otra parte, estas tensiones conducen a problemas no resueltos, pues hay una falla importante en la "ecología de Marx": no distingue la importancia cualitativa del pasaje de una energía de flujo, renovable (la madera) a una energía de stock, no renovable a escala humana del tiempo (la hulla). Dado el papel fundamental de las energías fósiles en el capitalismo, conviene considerar que Marx comete aquí un serio error en su modelización de este modo de producción. Esto desestabiliza en el interior su propia tesis ecología premonitoria relativa a la necesidad de la regulación racional de los intercambios entre la Humanidad y la naturaleza, ya que tal regulación es incompatible a largo término con el uso de esta fuente de energía. Además, la amalgama entre energías de flujo y energías de stock puede suscitar la idea de que las fuentes energéticas son neutrales, eso que a su vez puede suscitar la idea de que las tecnologías de conversión de la energía también son neutrales (como lo pretenden algunos marxistas simpatizantes de la energía nuclear). La crítica marxista del carácter de clase de la técnica es así tomada en sentido contrario. Aquí, no estamos simplemente en presencia de una simple contradicción dialéctica sino de un antagonismo entre dos tesis incompatibles que coexisten a favor de un ángulo muerto, en una zona oscura en la comprensión del capitalismo (TANURO, 2010).

Sin embargo, de una manera general, las categorías movilizadas por Marx hacen más que permitir la comprensión de la "crisis ecológica": son indispensables para entenderla. Las otras teorías están lejos de ofrecer las mismas posibilidades. La tesis de Thomas Malthus (la población crece exponencialmente mientras que la productividad agrícola crece linealmente) es socavada desde la invención de la agricultura. La concepción a-histórica de la técnica propagada por Ellul, Jonas, etc. se enfrenta al hecho que la salida de la "crisis ecológica" actual, siendo fundamentalmente social, requiere empero un cambio técnico (la sustitución de energías renovables en lugar de fósiles)… se hace imposible por la carrera hacia el beneficio. El capitalismo estacionario de JS Mill es una contradicción en los términos. En cuanto a Proudhon, quien piensa que las mercancías son vendidas a su valor y que el beneficio viene de su venta por encima de ella, no es capaz de comprender los movimientos del capital derivados de la caza de beneficio, notablemente bajo la forma de la renta.

Pistas para una reconstrucción ecológica

Se trata de revisitar la obra de Marx, a fin de "ecologizar" las conclusiones a la luz de la "crisis ecológica" global y de abordar nuevas cuestiones. Se puede partir del objetivo general de una "gestión racional de intercambios entre la humanidad y la naturaleza por los productores asociados en tanto que "una sola libertad posible" y de colocar algunas cuestiones: ¿qué significa exactamente "lograr estos intercambios gastando el mínimo de fuerza y en las condiciones más dignas, las más cómodas para la naturaleza humana"? ¿Cuál es el lugar de las mujeres entre "los productores asociados"? ¿Y cuál es esta racionalidad que debe guiar la gestión de intercambios?

La cuestión del “mínimo de fuerza” plantea el problema de la actitud de cara a la alza de la productividad del trabajo en la agricultura. Esta cuestión puede ser abordada de manera pragmática constatando que no es posible de salir de la “crisis ecológica” sin recurrir en todos lados a una agricultura orgánica de proximidad, indispensable también para lograr una soberanía alimentaria. Además, dicha agricultura requiere del aumento de la parte del trabajo social asignado a las tareas agrícolas (en todo caso en los países done ellas sean acaparadas por el agro-negocio) y, más globalmente, a las tareas de diagnóstico y de reparación del medio ambiente. Cierta disminución en la productividad del trabajo agrícola es, por tanto, necesaria. Esto plantea una cuestión teoría importante, ya intuida por Ernest Mandel quien notaba que “a partir de un cierto nivel, el desarrollo de las fuerzas productivas puede alejarnos del socialismo en lugar de acercarnos” (MANDEL, 1973).

¿Pero cuál es este nivel? Aquí, la cuestión de la productividad agrícola está ligada a la de las “condiciones las más dignas, las más cómodas a la naturaleza humana”. ¿La ganadería industria es digna para la naturaleza humana? ¿No se trata de un maltrato y de una tortura de animales? Sin duda alguna. Además, este maltrato es una forma de objetivación de lo vivo, característica del sistema capitalista, dentro de las denunciadas por Marx que es la objetivación de la fuerza del trabajo humano, por tanto, del ser humano en sí. Acostumbrarse implica banalizar el maltrato que el capital inflige a los y a las explotadas, en nombre de la misma razón instrumental.

Encontramos aquí el problema ya tocado, ¿qué razón? Ya vimos que Marx tiende a invertir la racionalidad de la ciencia agronómica de cara al saber empírico del campesino. No se trata, evidentemente, de idealizar este último sino de abrir una reflexión sobre la racionalidad instrumental en tanto que expresión “científica” de la objetivación de lo vivo. En este marco, la opresión específica de las mujeres deberá ser tomada en cuenta ya que existe una identidad fundamental entre la apropiación social de “la fuerza de la naturaleza” por el capital de una parte, y la apropiación patriarcal de la “fuerza reproductiva” de las mujeres por los hombres. Incluso, las mujeres del Sur producen el 80% de los medios de subsistencia. Su papel en la “regulación racional” es crucial, y está ligado a su lucha autónoma contra su opresión específica.

Regresamos pues a la razón. ¿Es racional una racionalidad que supone que el estudio en pedazos separados cada vez más microscópicos de una naturaleza compleja y en evolución constante disipara un día todas las incertitudes? Quizá Engels, para quien la admiración por la ciencia es muy conocida, estaría equivocado… En el marco de la reconstrucción de una “ecología de Marx”, podemos leer esta famosa cita de la Dialéctica de la Naturaleza como una anticipación del Principio de precaución:

“No debemos lisonjearnos demasiado de nuestras victorias humanas sobre la naturaleza. Esta se venga de nosotros por cada una de las derrotas que le inferimos. Es cierto que todas ellas se traducen principalmente en los resultados previstos y calculados, pero acarrean, además, otros imprevistos, con los que no contábamos y que, no pocas veces, contrarrestan los primeros” (ENGELS, 1977, p. 180)

Finalmente, otra cuestión para debatir es aquella del vínculo entre planificación y descentralización. Esta puede también ser abordada de manera muy pragmática. Efectivamente, la nacionalización de los grupos energéticos es la condición sine qua non para que la transición energética hacia un sistema “100% renovable” tuviera una oportunidad de tener éxito dentro de la prorroga con la que contamos. Pero la centralización energética es una consecuencia técnica del uso de combustibles fósiles y nucleares; el uso el más “racional” de los renovables, por el contrario, requiere la descentralización energética. Por consiguiente, la nacionalización debe ser vista como un requisito previo y necesario, por supuesto insuficiente, para ir hacia un sistema energético que ponga una red de sistemas locales, utilizando las fuentes locales más adecuadas, administradas y controladas localmente por las

comunidades.

En su famoso escrito, después del aplastamiento de los insurrectos parisinos, Marx decía sobre la Comuna que ella era “la forma política por fin encontrada de la emancipación del trabajo”. En el marco de la reconstrucción ecológica de su pensamiento, esta fórmula merece ser completada de esta manera: “la forma política por fin encontrada de la emancipación del trabajo y de la sustentabilidad ecológica”.

5 de noviembre de 2012 Daniel Tanuro

BENSAID, Daniel, 2002, « L’écologie n’est pas soluble dans la marchandise » in Contretemps, N°4, mai 2002.

BURKETT, Paul, 1999, “Marx and Nature: a Red and Green Perspective”, Palgrave McMillan

ENGELS, Friedrich, 1977, “Dialectique de la nature”, Ed. sociales, Paris.

FOSTER, John Bellamy, 2000, “Marx’s Ecology – Materialism and Nature”. Monthly Review Press

MANDEL, Ernest, 1973, “Ten theses on the Social and Economic Laws Governing the Society Transitional Between Capitalism and Socialism”. Originally published in Peter Hennicke (ed.), “Probleme des Sozialismus und der Übergangsgesellschaften”, Frankfurt/M. 1973.

MARX, Karl, 1969, « Le Capital », livre 1, Garnier Flammarion, Paris

MARX, Karl, 1972, « Les Manuscrits de 1844 », UGE 10-18, Paris

MARX, Karl, 1973, « Grundrisse », chap. du capital, UGE 10-18, Paris

MARX, Karl, 1984, « Le Capital », Edition du Progrès, Moscou, livre 3.

Marcel MAZOYER et Laurence ROUDART, 2002, « Histoire des agricultures du monde. Du néolithique à la crise contemporaine », Ed. du Seuil, coll. « Points Histoire », Paris ONU, 2011, World Economic and social Outlook

TANURO, Daniel, 2010, « Marxisme, énergie et écologie: l’heure de vérité” in Pistes pour un anticapitalisme vert (Vincent Gay coord.), Syllepse, Paris

FRIEDRICH ENGELS

APENDICE Y NOTAS COMPLEMENTARIAS

AL TOMO III DE EL CAPITAL

[1]

Desde que se halla sometido al juicio público, el tercer tomo de "El capital" ya ha experimentado múltiples y variadas interpretaciones. No cabía esperar otra cosa. Al editarlo, lo que me interesaba sobre todo era preparar un texto lo más auténtico posible, presentar los nuevos resultados obtenidos por Marx, en lo posible, con las propias palabras de éste, e inmiscuirme sólo cuando era absolutamente inevitable, pero aun en ese caso no dejar en el lector duda alguna acerca de quién se estaba dirigiendo a él. Se me ha reprochado eso, se ha opinado que hubiese debido transformar el material a mi disposición en un libro sistemáticamente elaborado, en faire un livre [hacer de ello un libro], como dicen los franceses o, en otras palabras, sacrificar la autenticidad del texto a la comodidad del lector. Pero yo no había concebido de esa manera mi tarea. Para una reelaboración de esa índole carecía yo de toda justificación; un hombre como Marx tiene el derecho de que se lo oiga personalmente, de legar a la posteridad sus descubrimientos científicos con la plena autenticidad de su propia exposición. Además, carecía de todo deseo de abusar de tal modo así debía yo considerarlo del legado de un hombre tan descollante; se me hubiese antojado una deslealtad. Y en tercer lugar, hubiese sido puramente inútil. No tiene objeto alguno desvelarse de alguna manera por gente que no sabe o no quiere leer, que ya en ocasión de aparecer el primer tomo hizo mayores esfuerzos para entenderlo mal, que los que hubiesen sido necesarios para entenderlo correctamente. En cambio, para aquellos interesados en una real comprensión, lo principal era precisamente el texto original; para ellos, mi reelaboración [1126] hubiese tenido, a lo sumo, el valor de un comentario, y por añadidura del comentario a algo inédito e inaccesible. En ocasión de la primera controversia habría que acudir al texto original, y a la segunda o tercera su edición in extenso resultaría ineludible.

Esta clase de controversias se descuentan en el caso de una oba que aporta tanto de nuevo, y ello sólo en una primera elaboración rápidamente esbozada y parcialmente incompleta. Y aquí es donde mi intervención puede ser en todo caso, de utilidad para eliminar dificultades de comprensión, para situar en un plano más prominente importantes puntos de vista cuya significación no se destaca de manera suficientemente palmaria en el texto, y para adicionar algunos importantes datos complementarios al texto, escrito en 1865, para situarlo en el estado de cosas imperante en 1895. De hecho tenemos ya dos puntos, respecto a los cuales me parece necesaria una breve exposición.

I) La ley del valor y la tasa de ganancia

Era de esperar que la solución de la aparente contradicción entre estos dos factores conduciría a debates, tanto antes como después de publicarse el texto de Marx. Hasta hay quienes se habían preparado para asistir a un milagro total y se sienten decepcionados, porque en lugar del esperado juego de manos se encuentran con una mediación sencillamente racional y prosaicamente sobria de la contradicción. Como es natural, quien más regocijadamente desencantado está es el conocido e illustre Loria. Éste ha encontrado por fin el punto de apoyo para la palanca de Arquímedes, gracias al cual hasta un homúnculo de su calibre puede elevar y hacer saltar por los aires la gigantesca y firmemente estructurada construcción de Marx. ¿Cómo?, exclama indignado, ¿y esto es una solución? ¡Si es pura mistificación! Pues cuando los economistas hablan del valor, hablan de aquel valor que se establece efectivamente en el intercambio. "Pero ocuparse de un valor al cual no se venden las mercancías ni pueden venderse jamás [a] (nè possono vendersi mai), es cosa que nunca hizo ni hará economista alguno que posea un atisbo de criterio... Cuando Marx afirma que el valor al cual nunca [b] [1127] se venden las mercancías está determinado en proporción al trabajo contenido en ellas, ¿que otra cosa

hace sino repetir, en forma invertida, la tesis de los economistas ortodoxos según la cual el valor al cual se venden [...] las mercancías no [c] es proporcional al trabajo empleado en ellas?... De nada sirve tampoco que Marx diga que pese a la divergencia de los precios individuales con respecto a los valores individuales, el precio total de todas las mercancías siempre coincide con su valor total, o sea con la cantidad de trabajo contenida en la cantidad total de mercancías. Pues dado que el valor no es otra cosa que la relación en que se intercambia una mercancía por otra, ya la mera idea de un valor total es un absurdo, un disparate... una contradictio in adiecto [contradicción en los términos]." Al comienzo mismo de la obra, prosigue, Marx dice que el intercambio sólo puede equiparar dos mercancías en virtud de un elemento de igual especie y magnitud contenido en ellas, a saber, de la cantidad de trabajo de igual magnitud contenida en ellas. Y ahora, sostiene Loria, reniega de sí mismo, de la manera más solemne, al aseverar que las mercancías se intercambian en una proporción totalmente diferente que la de la cantidad de trabajo contenido en ellas. "¿Cuándo hubo nunca tan plena reducción ad absurdum, mayor bancarrota teórica? ¿Cuándo se consumó jamás un suicidio científico con mayor pompa y con más solemnidad?" ("Nuova Antología", 1º de febrero de 1895, pp. 477, 478, 479.)

Vemos que nuestro Loria se halla en el colmo de la dicha. ¿No tenía razón, acaso, en tratar a Marx como un igual, como un charlatán ordinario? Ahí lo veis: Marx se mofa de su público exactamente de la misma manera que Loria, vive de mistificaciones exactamente igual que el más insignificante profesor italiano de economía. Pero mientras que Dulcamara [2] puede permitírselo, porque conoce su oficio, el torpe septentrional Marx cae en una serie de desatinos, comete errores y disparates, de modo que por último no le queda otro recurso que un suicidio solemne.

Reservémonos para más adelante la afirmación de que las mercancías jamás se han vendido a los valores determinados por el trabajo, ni que jamás podrán venderse a [1128] ellos. Atengámonos solamente aquí a la aseveración del señor Loria, en el sentido de que "el valor no es otra cosa que la relación en que se intercambia una mercancía por otra, y que en consecuencia la mera idea de un valor total de las mercancías es un absurdo, un disparate, etc. [3] Por consiguiente, la relación en la que se intercambian dos mercancías, su valor, es algo puramente casual, algo llegado a las mercancías desde afuera, que puede ser hoy de una manera y mañana de otra. Que un quintal métrico de trigo se intercambie por un gramo o un kilogramo de oro no depende en lo más mínimo de condiciones inherentes a ese trigo o a ese oro, sino de circunstancias que les son totalmente ajenas a ambos. Pues de otro modo estas condiciones también deberían imponerse en el intercambio, dominarlo en general y también, al margen del intercambio, tener una existencia independiente, con lo cual podría hablarse de un valor global de las mercancías. Eso es un disparate, dice el illustre Loria. Cualquiera que sea la proporción en que puedan intercambiarse dos mercancías, ese es su valor, y con ello basta. Por lo tanto, el valor es idéntico al precio y toda mercancía tiene tantos valores como precios pueda obtener. Y el precio resulta determinado por la oferta y la demanda, y quien pregunte aún más es un estúpido si espera una respuesta.

Pero la cuestión tiene un pequeño inconveniente. En situaciones normales, la oferta y la demanda coinciden. Dividamos entonces todas las mercancías existentes en el mundo en dos mitades; en el grupo de la demanda, y en el grupo, de igual magnitud, de la oferta. Supongamos que cada cual represente un precio de un billón de marcos, francos, libras esterlinas o lo que sea. Según las reglas de la aritmética [4], esto da sumado un precio o valor de 2 billones. Disparate, absurdo, dice el señor Loria. Ambos grupos podrán representar, sumados, un precio de 2 billones. Pero con el valor las cosas son distintas. Si hablamos del precio, serán 1 + 1 = 2. Pero si hablamos del valor, serán 1 + 1 = 0. Por lo menos en éste caso, en que se trata de la totalidad de las mercancías. Pues aquí la mercancía de cada grupo sólo vale un billón, porque cada uno de ellos quiere y puede dar esa suma por la mercancía del otro. Pero si reunimos la totalidad de las mercancías de ambos en manos de un tercero, el primero ya no

tendrá ningún valor en sus manos, el otro tampoco, y el tercero [1129] menos aún; a la postre, nadie tiene nada. Y una vez más admiramos la superioridad con que nuestro Cagliostro meridional ha escamoteado el concepto de valor a tal punto que ya no ha quedado ni el menor rastro del mismo. ¡He aquí el máximo perfeccionamiento de la economía vulgar! [5] Para terminar descarga sobre mí, y para mi desdicha, una nueva andanada de elogios. Al hacerlo, nuestro Sganarello {12} se compara a sí mismo con Balaam, quien había venido para maldecir, pero de cuyos labios brotaban, contra su voluntad, "palabras de bendición y amor". El bueno de Balaam se distinguía especialmente por una burra que montaba, y que era más inteligente que su amo. Esta vez, es evidente que Balaam ha olvidado su burra en casa {262}. [6] [7] [8].

[1130] En el "Archiv für soziale Gesetzgebung" de Braun, VII, fasc. 4, Werner Sombart ofrece una exposición a grandes rasgos, en general excelente, del sistema de Marx. Es la primera vez que un profesor universitario alemán logra ver en líneas generales, en los escritos de Marx, lo que éste ha dicho; que declara que la crítica del sistema marxiano no podría consistir en una refutación "de la cual podrá ocuparse el advenedizo político" , sino sólo en un ulterior desarrollo. También Sombart, naturalmente, se ocupa de nuestro tema. Examina el problema de la importancia del valor en el sistema de Marx, y arriba a los siguientes resultados: el valor no se manifiesta en la relación de intercambio de las mercancías producidas de manera capitalista; no vive en la conciencia de los agentes capitalistas de la producción; no es un hecho empírico, sino lógico, del pensamiento; el concepto de valor en su determinación material no es en Marx otra cosa que la expresión económica correspondiente al hecho de la fuerza productiva social del trabajo en cuanto fundamento de la existencia económica; la ley del valor rige en última instancia, en un orden económico capitalista, los procesos económicos, y tiene para ese orden económico, en forma totalmente general, el siguiente contenido: el valor de las mercancías es la forma histórica específica en la que se impone de manera determinante la fuerza productiva del trabajo, que en última instancia domina todos los acontecimientos económicos. Hasta aquí lo que sostiene Sombart; no es posible afirmar, en contra de esta concepción acerca de la significación de la ley del valor para la forma capitalista de producción, que la misma sea incorrecta. Pero en cambio sí me parece estar concebida de manera demasiado genérica y que es susceptible de una formulación más estrecha y precisa; en mi opinión, no agota en modo alguno toda la significación de la ley del valor para las fases de desarrollo económicas de la sociedad dominadas por esta ley.

En el "Sozialpolitisches Zentralblatt" de Brau, del 25 de febrero de 1895, nº 22, se encuentra un artículo [1131] igualmente excelente, de Conrad Schmidt, acerca del tercer tomo de "El capital". Cabe destacar especialmente, en éste caso, la demostración de cómo, al deducir la ganancia media del plusvalor, Marx responde por primera vez a la interrogante, ni siquiera planteada por la economía precedente, respecto a cómo se determina el nivel de esa tasa media de ganancia, y cómo es que la misma es del 10 ó 15%, digamos, y no del 50 ó 100%. Desde que sabemos que el plusvalor apropiado por el capitalista industrial en primera instancia es la fuente única y exclusiva a partir de la cual fluyen la ganancia y la renta del suelo, éste problema se resuelve por sí sólo. Esta parte del artículo de Schmidt podría haber sido escrita especialmente para economistas à la Loria, si no constituyese tarea vana la de pretender abrir los ojos a quienes no quieren ver.

También Schmidt tiene sus reparos formales con respecto a la ley del valor. La califica de hipótesis científica, establecida para explicar el proceso efectivo de intercambio, hipótesis que se comporta frente a los fenómenos de los precios competitivos que en apariencia la contradicen por completo como el punto de partida teórico necesario, ineludible y revelador; en su opinión, sin la ley del valor cesa toda comprensión teórica del engranaje económico de la realidad capitalista. Y en una carta privada, a cuya cita me autoriza, Schmidt declara que la ley del valor es, dentro de la forma capitalista de producción, una ficción cabal, aunque teóricamente necesaria [9]. Pero, en mi opinión, esta concepción de ninguna

manera es acertada. La ley del valor tiene para la producción capitalista una significación mucho mayor y determinada que la de una mera hipótesis, para no hablar de una ficción, aunque fuese necesaria.
Ni Sombart ni Schmidt sólo citamos aquí al illustre Loria como divertido contraste, producto típico de la economía vulgar toman suficientemente en cuenta que no sólo se trata aquí de un proceso puramente lógico, sino de un proceso histórico y su reflejo explicativo en el pensamiento, de la consecución lógica de sus conexiones internas.

El pasaje decisivo se encuentra en Marx, [tomo] III, [volumen] I, p. 154 [c]: "Toda esta dificultad se produce por [1132] el hecho de que las mercancías no simplemente se intercambian como mercancías, sino como producto de capitales que exigen una participación en la masa global del plusvalor, una participación proporcional a la magnitud de los capitales, o igual en caso de tratarse de capitales de igual magnitud". Para ilustrar esta diferencia se supone, entonces, que los trabajadores se hallan en posesión de sus medios de producción, que trabajan igual cantidad de tiempo en promedio y con igual intensidad, y que intercambian directamente sus mercancías entre sí. En ese caso, en un día dos obreros habrían agregado a su producto una cantidad igual de valor nuevo en virtud de su trabajo pero el producto de cada uno de ellos tendría diferente valor según el trabajo ya anteriormente incorporado a los medios de producción. Esta última parte de valor representaría el capital constante de la economía capitalista; la parte del valor recién agregado empleada para los medios de subsistencia del trabajador representaría el capital variable, y la parte aun remanente del nuevo valor representaría el plusvalor, que en éste caso pertenecería, por consiguiente al trabajador. Ambos trabajadores recibirían entonces previa deducción de la reposición por la parte "constante" del valor, sólo adelantada por ellos, iguales valores, pero la relación entre la parte que representa el plusvalor y el valor de los medios de producción relación que correspondería a la tasa capitalista de ganancia sería diferente en ambos. Pero puesto que cada cual recibe su reposición del valor de los medios de producción en el intercambio, ello constituiría una circunstancia totalmente indiferente. "Por lo tanto, el intercambio de mercancías a sus valores o aproximadamente a sus valores requiere un estadio muy inferior que el intercambio a precios de producción, para el cual es necesario determinado nivel de desarrollo capitalista...

Aun prescindiendo del hecho de que los precios y su movimiento son regidos por la leydel valor, es totalmente apropiado considerar los valores de las mercancías no sólo teóricamente, sino también históricamente, como el prius [lo previo, el antecedente] de los precios de producción. Esto tiene vigencia para casos en los que los medios de producción pertenecen al trabajador, y tal circunstancia se da, tanto en el mundo antiguo como en el moderno, en el caso del campesino propietario de la tierra que trabaja por sí mismo y en el del artesano. Ello también coincide [1133] con nuestra opinión, anteriormente expresada, de que la transformación de los productos en mercancías se origina por el intercambio entre diversas entidades comunitarias, y no entre los miembros de una misma comunidad. Así como esa tesis se aplica a ese estado de cosas primigenio, también tiene vigencia para condiciones posteriores, fundadas en la esclavitud y la servidumbre, y para la organización corporativa del artesanado, mientras los medios de producción fijados en cada ramo de la producción sólo son difícilmente trasmisibles de una esfera a la otra, y las diversas esferas [...], por consiguiente, guardan entre sí una relación que [...] es como la que existe entre países extranjeros o entidades comunitarias comunistas." (Marx, III, I, pp. 155, 156.) [d].

Si Marx hubiese alcanzado a reelaborar el tercer tomo, no cabe duda de que hubiese desarrollado considerablemente más este pasaje. Tal como está, sólo ofrece un contorno esbozado de lo que hay para decir acerca del punto en cuestión. Entremos pues un poco más profundamente en su consideración. Todos sabemos que en los comienzos de la sociedad, los propios productores son quienes consumen sus productos, y que esos productores se hallan organizados de manera natural y espontánea en colectividades más o menos comunistas [e]; que el intercambio del excedente de esos productos con

extraños, el cual inicia la transformación de los productos en mercancías, es de fecha posterior, y que al principio sólo ocurre entre comunidades ajenas a la tribu, pero luego cobra vigencia también dentro de la comunidad. contribuyendo esencialmente a su disolución en grupos familiares mayores o menores. Pero inclusive después de esta disolución los jefes de familia que intercambian siguen siendo campesinos que trabajan, que producen casi todo lo que necesitan, con ayuda de su familia, en su propia finca, y que sólo intercambian una exigua parte de los objetos que necesitan desde afuera por excedentes de su propio producto. La familia no sólo practica la agricultura y la ganadería, sino que también elabora sus productos [1134] para convertirlos en artículos listos para el consumo, en algunos lugares aún muele ella misma con el molino de mano, hornea pan, hila, tiñe, teje lino y lana, curte cuero erige y repara construcciones de madera, confecciona herramientas y aperos, y no es raro que realice labores de carpintería y herrería; de modo que, en lo principal, la familia o grupo familiar se basta a sí misma.

Por consiguiente, lo poco que necesitaba trocar o comprar a otros una familia semejante, consistía preponderantemente incluso hasta comienzos del siglo XIX en Alemania en objetos de producción artesanal, esto es, en cosas que se producían de una manera que no le era extraña al campesino, ni con mucho, y que no producía personalmente sólo porque no le resultaba accesible la materia prima o porque el artículo comprado era mucho mejor o muchísimo más barato. Por eso, el campesino de la Edad Media conocía con bastante exactitud el tiempo de trabajo necesario para la confección de los objetos que obtenía en el intercambio. Pues el herrero o el carrocero de la aldea trabajaban bajo su vista; otro tanto ocurría con el sastre y zapatero, quienes todavía en tiempos de mi juventud entraban en casa por casa de nuestros campesinos renanos, para convertir e vestimentas y calzado los materiales elaborados por éstos. Tanto el campesino como las personas a quienes compraba eran, a su vez, trabajadores [f], y los artículos intercambiados eran los productos propios de cada cual. ¿Qué habían empleado para la confección de esos productos? Trabajo y solamente trabajo: nada habían gastado para reposición de las herramientas, para la producción de la materia prima ni para su elaboración, salvo su propia fuerza de trabajo; ¿de qué otra manera podían intercambiar entonces sus productos por los de otros laboriosos productores sino en proporción al trabajo empleado en confeccionarlos? En ese caso, el tiempo de trabajo empleado para esos productos no era sólo el único patrón de medida apropiado para la determinación cuantitativa de las magnitudes a trocar; es que no había absolutamente ningún otro posible.

¿O podemos creer que el campesino y el artesano eran tan tontos como para ceder el producto de diez horas de trabajo del uno, por el de una sola hora [1135] de trabajo del otro? En todo el período de la economía natural campesina no es posible otro intercambio que aquél en el cual las cantidades de mercancías intercambiadas tienen la tendencia a mensurarse, cada vez más, según las cantidades de trabajo corporificadas en ellas. A partir del instante en que irrumpe el dinero en éste tipo de economía, la tendencia a la adecuación a la ley del valor (¡en la formulación de Marx, nota bene!) se hace más manifiesta, por un lado, pero por el otro ya resulta quebrantada por las intervenciones del capital usurario y de la voracidad fiscal, y los períodos durante los cuales los precios se aproximan, término medio, a los valores hasta una magnitud desdeñable, ya se hacen más prolongados.
Otro tanto vale para el intercambio entre productos de los campesinos y los de los artesanos urbanos. Al comienzo, ese intercambio tiene lugar de manera directa, sin intermediación del comerciante, en los días de mercado en las ciudades, que es cuando el campesino vende y efectúa sus compras. En este caso, asimismo, no sólo el campesino conoce las condiciones de trabajo del artesano, sino que también éste conoce las del campesino. Pues él mismo es aún un poco campesino, no sólo tiene un huerto, sino muy a menudo también una pequeña parcela de campo, una o dos vacas, cerdos, aves de corral, etc. De ese modo, los hombres de la Edad Media estaban en condiciones de efectuar, cada uno de ellos, el cálculo de los costos de producción del otro en cuanto a materias primas, materiales auxiliares, tiempo

de trabajo, con cierta precisión, cuando menos en lo que a artículos de consumo diario y generalizado respecta.

Pero, ¿cómo podía calcularse, para este intercambio según el patrón de medida de la cantidad de trabajo, esta última siquieraen forma indirecta y relativa en el caso de productos que requerían un trabajo más prolongado, interrumpido a intervalos irregulares, e incierto en cuanto a su rendimiento, como por ejemplo los granos o el ganado? ¿Y ello, por añadidura, en gentes que no sabían efectuar cálculos? Evidentemente, eso sólo podía hacerse mediante un trabajoso proceso de aproximación en zigzag, que a menudo tanteaba a derecha e izquierda en la oscuridad, y en cuyo transcurso, como suele ocurrir, sólo se obtenía experiencia en virtud de los perjuicios sufridos. Pero la necesidad de cada cual de cubrir sus gastos, [1136] a grandes rasgos, siempre ayudaba a hallar la orientación correcta, y el reducido número de los tipos de objetos que ingresaban al tráfico, así como la estabilidad de su forma del producción que a menudo perduraba siglos facilitaba la consecución del objetivo. Y que en modo alguno insumía tanto tiempo el establecer en forma bastante aproximada la magnitud relativa de valor de esos productos, lo demuestra el mero hecho de que la mercancía en la que ello parece más difícil, a causa del prolongado tiempo de producción de cada unidad el ganado se convirtió en la primera mercancía dineraria de reconocimiento casi general. Para lograrlo, el valor del ganado, su relación de intercambio con toda una serie de otras mercancías, debía haber alcanzado ya una estabilidad relativamente inusual, reconocida sin contradicciones en el territorio de numerosas tribus. Y la gente de aquel entonces era seguramente bastante despierta así los ganaderos como sus clientes como para no regalar sin equivalente alguno, en el intercambio, el tiempo de trabajo que habían empleado. Por el contrario: cuanto más cerca se hallan los hombres de las condiciones primitivas de la producción mercantil como los rusos y los orientales, por ejemplo tanto más tiempo dilapidan, aun hoy, para obtener la plena compensación por el tiempo de trabajo empleado en un producto, mediante un tenaz, interminable regateo.

Partiendo de esa determinación dl valor por el tiempo de trabajo se desarrolló entonces toda la producción de mercancías, y con ella las múltiples relaciones en las que cobran vigencia los diversos aspectos de la ley del valor, tales como se exponen en la sección primera del primer tomo de "El capital"; es decir, sobre todo las condiciones en las cuales, únicamente, el trabajo es formador de valor. Y éstas son condiciones que se imponen sin llegar a la conciencia de los participantes, y que inclusive sólo en virtud de una trabajosa investigación teórica pueden ser abstraídas de la práctica cotidiana, es decir que obran a la manera de leyes naturales, tal como también demostró a continuación Marx que ocurría necesariamente a partir de la naturaleza de la producción mercantil. El progreso más importante y radical fue la transición al dinero metálico, progreso que también tuvo como consecuencia, sin embargo, que entonces la determinación del valor por el tiempo de trabajo ya no apareciera de manera visible [1137] en la superficie del intercambio mercantil. El dinero se convirtió en patrón decisivo de medida del valor para la concepción práctica, y ello tanto más cuanto más variadas se hacían las mercancías que arribaban al comercio, cuanto más proviniesen de países distantes, es decir cuanto menos pudiera controlarse el tiempo de trabajo necesario para su confección. Pues al principio, el propio dinero llegaba las más de las veces desde el extranjero; cuando también se obtuvo metal precioso en el propio país, el campesino y el artesano no estaban en condiciones, por una parte, de evaluar el trabajo empleado en él en forma aproximada, mientras que por la otra ya se le había oscurecido bastante la conciencia de la propiedad mensuradora del valor que tenía el trabajo, en virtud del hábito de efectuar cálculos en dinero; en la idea popular, el dinero comenzó a representar el valor absoluto.

En pocas palabras: la ley marxiana del valor tiene vigencia general en la medida en que tienen vigencia las leyes económicas durante todo el período de la producción mercantil simple, es decir hasta el

momento en que esta experimenta una modificación por el establecimiento de la forma capitalista de producción. Hasta entonces, los prcios gravitan hacia los valores determinados por la ley de Marx y oscilan en torno a esos valores, de modo que, cuanto más plenamente se desarrolle la producción mercantil simple, tanto más coincidirán dentro de los límites de diferencias desdeñables los precios medios con los valores durante prolongados períodos, no interrumpidos por perturbaciones violentas externas. Por consiguiente, la ley marxiana del valor tiene vigencia económica general por un lapso que se extiende desde el comienzo del intercambio que transforma los productos en mercancías hasta el siglo XV de nuestra era. Ahora bien: el intercambio de mercancías data de una época situada antes de cualquier historia escrita, que en Egipto nos remonta por lo menos a tres mil quinientos o acaso cinco mil años, y en Babilonia a cuatro mil, y quizá seis mil años antes de nuestra era; por lo tanto, la ley del valor estuvo en vigencia durante un período de cinco a siete milenios. ¡Admírese, entonces, la escrupulosidad del señor Loria, quien califica al valor, vigente de manera general y directa durante esa época, de valor al cual las mercancías no se venden ni pueden venderse [1138] nunca, y del que no puede ocuparse jamás economista alguno que posea un atisbo de buen sentido!

Hasta el presente no hemos hablado del comerciante. Hemos podido ahorrarnos el examen de su intervención hasta ahora, en que pasaremos a la transformación de la producción mercantil simple en la producción mercantil capitalista. El comerciante fue el elemento revolucionario en esta sociedad, en la cual todo lo demás era estacionario, estacionario por herencia válganos la expresión; en la cual el campesino recibía no sólo su parcela, sino también su posición de propietario libre, de censatario libre o sujeto a la gleba o de siervo personalmente ligado al señor, y el artesano de las ciudades su oficio y sus privilegios corporativos, en forma hereditaria y casi inalienable, y cada cual, por añadidura, su clientela, su mercado de ventas, del mismo modo que la pericia, adiestrada esde la juventud, para la profesión heredada. En este mundo ingresó entonces el comerciante, de quien habría de partir el trastocamiento de aquél. Pero no lo haría en carácter de revolucionario consciente, sino por el contrario, como carne de su carne y sangre de su sangre.

El comerciante de la Edad Media no era en modo alguno un individualista, sino que era esencialmente el miembro de alguna asociación, como todos sus contemporáneos. En el campo reinaba la asociación de la marca, surgida del comunismo primitivo. Cada campesino tenía una parcela originariamente del mismo tamaño, con iguales porciones de tierra de cada calidad, y una participación, por ende de igual magnitud, en los derechos de la marca común. Desde que la asociación de la marca se volvió cerrada y no se distribuían ya nuevas parcelas, se produjeron por herencia, etc. subdivisiones de las parcelas, y las correspondientes subdivisiones de los derechos en la marca; pero la parcela completa siguió siendo la unidad, de modo que había mitades, cuartos y octavos de parcela con mitades, cuartos y octavos de derechos en la marca común. Según el modelo de la asociación de la marca se orientaron todas las ulteriores asociaciones hereditarias, sobre todo las corporaciones urbanas, cuyo ordenamiento no era otra cosa que la aplicación de la constitución de la marca al privilegio de un oficio, en lugar de aplicársela a un territorio delimitado.

El centro de toda la organización lo constituía la igual participación de cada miembro en la totalidad de las prerrogativas y beneficios [1139] garantizados a la asociación en su conjunto, tal como se manifiesta aún patentemente en el privilegio del "abastecimiento de hilado" de Elberfeld y Barmen, en 1527. (Thun, "Industrie am Niederrhein", II, p. 164 ss.) Otro tanto vale para los gremios mineros, en los cuales también cada acción tenía igual participación y, al igual que las parcelas del miembro de la marca, era divisible con todos sus derechos y deberes. Y lo mismo vale en grado no menor para las asociaciones comerciales, que dieron origen al comercio ultramarino. Los venecianos y los genoveses en el puerto de Alejandría o el de Constantinopla, cada "nación" en su propio fondaco residencia,

fonda, depósito, salón de exposición y vntas, además de oficina central constituían asociaciones comerciales completas, cerradas con respecto a competidores y clientes, vendían a precios convenidos entre sí, sus mercancías tenían una calidad determinada, garantizada por examen público y a menudo por un sello, decidían conjuntamente acerca de los precios a pagar a los nativos por sus productos, etc. No de otro modo procedieron los hanseáticos en el Puente Alemán ("Tydske Bryggen") de Bergen, en Noruega, y de la misma manera lo hicieron sus competidores holandeses e ingleses.

¡Ay de aquél que hubiese vendido por debajo del precio o comprado por encima de él! El boicot que se decretaba en su contra significaba entonces la ruina sin remisión, para no hablar de las penalidades directas que imponía la asociación a los culpables. Pero también se fundaron asociaciones más estrechas con fines determinados, como la Maona de Génova, dominadora por muchos años de las minas de alumbre de Focea, en el Asia Menor, así como de la isla de Quíos, en los siglos XIV y XV, o la gran sociedad comercial de Ravensburgo, que comerció desde fines del siglo XIV con Italia y España, fundando allí sucursales, y la sociedad alemana de los Fúcares [Fugger], los Welser, los Vöhlin, los Höchstetter, etc., de Augsburgo, de los Hirschvogel de Nuremberg y otros, que con un capital de 66.000 ducados y tres naves participó en la expedición portuguesa a la India de 1505-1506, obteniendo en ella una ganancia neta del 150 por ciento según unos, y del 175 según otros, (Heyd, "Levantehandel", II, p. 524) y toda una serie de otras sociedades "Monopolia", que tanto irritaban a Lutero.

Aquí nos topamos por vez primera con una ganancia y una tasa de ganancia. Y por cierto que los esfuerzos de [1140] los comerciantes están intencional y conscientemente orientados a hacer que esa tasa de ganancia sea igual para todos los participantes. Los venecianos en el Levante, los hanseáticos en el norte, cada cual pagaba los mismos precios que sus vecinos por sus mercancías, que tenían todas los mismos ostos de trasporte, obtenía a cambio los mismos precios y asimismo pagaba el flete de retorno a los mismos precios que cualquier otro comerciante de su "nación". Por consiguiente, la tasa de ganancia era igual para todos. En las grandes sociedades comerciales, se descuenta que la ganancia se distribuye a prorrata de la participación de capital invertido, exactamente de la misma manera que la participación en los derechos de la marca se distribuye a prorrata de la participación justificada de la parcela, o la ganancia minera a prorrata de las acciones de minas. La tasa uniforme de ganancia, que en su pleno desarrollo es uno de los resultados finales de la producción capitalista, también se revela aquí, en su forma más simple, como uno de los puntos de los cuales partió históricamente el capital o, más aún, como un vástago directo de la asociación de la marca que es, a su vez, un vástago directo del comunismo primitivo.

Esta tasa originaria de ganancia era necesariamente muy elevada. Los negocios [g] eran muy riesgosos, y no sólo por la piratería, que hacía grandes estragos; también las naciones competidoras se permitían a veces toda clase de violencias, cuando se ofrecía la ocasión para ello; por último, la colocación de los productos y las condiciones de la misma se basaban en privilegios de príncipes extranjeros, que bastante a menudo los quebrantaban o derogaban. Por lo tanto, la ganancia debía englobar una elevada prima de seguros. Además, el movimiento comercial era lento, el desarrollo de los negocios, dilatado, y en las mejores épocas que, por lo demás, rara vez eran de larga duración el negocio era un comercio monopólico con ganancia monopólica. El que la tasa de ganancia era muy alta, término medio, lo demuestran también las altísimas tasas de interés vigentes a la sazón, que por lo demás, en general, debían ser menores que el porcentaje de la ganancia comercial habitual.

[1141] Esta alta tasa de ganancia, igual para todos los participantes y obtenida en virtud de la cooperación corporativa, tenía empero sólo validez local, dentro de la corporación, o sea de la "nación" en el caso que nos ocupa. Venecianos, genoveses, hanseáticos, holandeses, cada nación tenía para sí

una tasa especial de ganancia, y al principio, en mayor o menor grado, también una tasa especial para cada uno de los territorios en que colocaban sus mercancías. La nivelación de estas diferentes tasas de ganancia corporativas se estableció por el procedimiento inverso, por la competencia. En un comienzo, [se nivelaron] las tasas de ganancia de los diversos mercados para la misma nación. Si Alejandría prometía más ganancia a las mercancías venecianas que Chipre, Constantinopla o Trebisonda, los venecianos ponían en movimiento más capital hacia Alejandría y lo retiraban del tráfico con los otros mercados. A continuación debía tocarle el turno a la paulatina nivelación de las tasas de ganancia entre las diversas naciones que exportaban mercancías iguales o similares a los mismos mercados, con lo cual muy a menudo tal o cual deesas naciones era aplastada y desaparecía de la escena. Pero este proceso se vio interrumpido de continuo por acontecimientos políticos, así como todo el comercio levantino descaeció a causa de las invasiones mongólicas y turcas, y los grandes descubrimientos geográfico-comerciales efectuados a partir de 1492 no hicieron otra cosa que acelerar esta decadencia y, más tarde, volverla definitiva.

La súbita expansión que por entonces se verificó en las áreas de mercado, así como el consiguiente trastocamiento de las vías de comunicación no suscitó, en un primer momento, alteraciones esenciales en la índole del movimiento comercial. También con la India y América al principio, la regla general fue que el comercio estuviera aún a cargo de asociaciones. Pero, en primer término detrás de esas asociaciones se alzaban naciones mayores. A los catalanes que mercaban con el Levante los sustituyó, en el comercio americano, toda la gran España unificada, y junto a ella dos grandes países como Inglaterra y Francia; y hasta Holanda y Portugal mismos, los más pequeños, eran en cualquier caso, cuando menos, tan grandes y fuertes como Venecia, la nación comercial mayor y más poderosa del período precedente. El respaldo proporcionado por esta circunstancia al mercader itinerante, al merchant-adventurer [1142] de los siglos XVI y XVII, hacía que la corporación la cual protegía también con las armas a sus miembros se volviese cada vez más superflua, y por consiguiente que sus costos fuesen incuestionablemente onerosos. La riqueza particular de ciertos individuos se desarrolló entonces con una rapidez significativamente mayor, de suerte que pronto tales o cuales mercaderes pudieron invertir tantos fondos en una empresa como antes toda una asociación. Las sociedades mercantiles, allí donde aún subsistían, se transformaron las más de las veces en corporaciones armadas, que bajo la égida y autoridad de la metrópoli conquistaban países enteros recién descubiertos y los explotaban monopólicamente. Pero cuantas más colonias se establecían en los nuevos territorios, lo que por regla general ocurría también a iniciativa del estado, tanto más el comercio corporativo cedía sus posiciones al del comerciante individual, con lo cual la nivelación de la tasa de ganancia cayó progresivamente en la órbita exclusiva de la competencia.

Hasta aquí hemos conocido una tasa de ganancia sólo para el capital comercial. Pues hasta entonces sólo había existido el capital comercial y el usurario, ya que el capital industrial aún debía desarrollarse. La producción todavía se hallaba preponderantemente en manos de trabajadores que se encontraban en posesión de sus propios medios de producción, es decir cuyo trabajo no arrojaba plusvalor para capital alguno. Si debían ceder una parte de su producto sin compensación a terceros, era en forma de un tributo a señores feudales. Por ello, el capital comercial sólo podía obtener su ganancia por lo menos al principio de los compradores extranjeros de productos internos o de los compradores internos de productos extranjeros; sólo hacia fines de este período para Italia, entonces, con el ocaso del comercio levantino la competencia externa y la colocación más dificultosa de los productos pudieron obligar a los productores artesanales de mercancías de exportación a cder la mercancía por debajo de su valor al comerciante exportador. Y así hallamos aquí el fenómeno de que en el tráfico minorista interno de los diferentes productores entre sí las mercancías se vendían, término medio, a sus valores, cosa que, sin embargo, no ocurría por regla general en el comercio internacional, por las razones expuestas. Todo lo contrario de lo que ocurre en el mundo actual, [1143] en el que los precios de producción tienen

vigencia en el comercio internacional y mayorista, mientras que en el comercio minorista urbano la formación de precios se regula por tasas de ganancia totalmente diferentes. De modo que, por ejemplo, hoy en día la carne vacuna experimenta un mayor recargo de precio en el trayecto que va desde el comerciante mayorista de Londres hasta el consumidor londinense individual, que desde el comerciante mayorista de Chicago, inclusive transporte, hasta el comerciante mayorista de Londres.

El instrumento que produjo paulatinamente este trastocamiento en la formación de los precios fue el capital industrial. Ya en la Edad Media se habían formado puntos de partida del mismo, más exactamente en tres terrenos: la navegación, la minería y la industria textil. La navegación en la escala en que la desarrollaron las repúblicas marítimas italianas y hanseáticas resultaba imposible sin el concurso de marineros, es decir de trabajadores asalariados (cuya relación salarial podía estar oculta bajo formas corporativas con participación en las ganancias), como era imposible para las galeras de esa época funcionar sin remeros asalariados o esclavos . Los gremios de las minas, consistentes originariamente en trabajadores asociados, se habían transformado ya en casi todos los casos en sociedades por acciones para la explotación de la empresa por medio de asalariados.

Y en la industria textil el comerciante había comenzado a poner a los pequeños maestros tejedores directamente a su servicio, suministrándoles el hilado y haciéndolo transformar en tejido, por su cuenta, a cambio de un salario fij, en suma, convirtiéndose de mero comprador en lo que ha dado en llamarse un Verleger [10].

Tenemos aquí ante nosotros los comienzos incipientes de la formación capitalista de plusvalor. Podemos omitir la consideración de los gremios mineros, en su carácter de corporaciones monopólicas cerradas. Con respecto a los armadores, resulta obvio que sus ganancias debían ser cuando menos las corrientes en el país, con un recargo adicional por seguros, desgaste de las naves, etc. Pero ¿cómo era la situación de los Verleger textiles, que fueron los primeros en llevar al mercado directamente mercancías confeccionadas por cuenta de los capitalistas, compitiendo [1144] con las mercancías de la misma clase producidas por cuenta de los artesanos? [h]

La tasa de ganancia del capital comercial era preexistente. También se hallaba nivelada ya cuando menos para la localidad respectiva en una tasa media aproximada. ¿Qué podía inducir entonces al comerciante a hacerse cargo del negocio extra de Verleger? Una sóla cosa: las perspectivas de obtener, en igualdad de precio de venta con los demás, una mayor ganancia. Y tales perspectivas existían para él. Al tomar a su servicio al pequeño maestro artesano quebraba las barreras tradicionales opuestas a la producción, dentro de las cuales el productor vendía su producto terminado y nada más. El capitalista comercial compraba la fuerza de trabajo, que por el momento aún poseía su instrumento de producción, pero ya no la materia prima. Al asegurarle de ese modo una ocupación regular al tejedor, podía en cambio deprimir a tal punto el salario del mismo que una parte del tiempo de trabajo efectuado quedaba impaga. El Verleger se convirtió así en apropiador de plusvalor, por encima de su ganancia comercial de hasta ese momento. Desde luego que para ello debía emplear asimismo un capital adicional, para comprar hilado, etc., y poner esa materia prima en manos del tejedor hasta que estuviese concluida la pieza, por la cual anteriormente sólo en el momento de la compra debía pagar el precio total. Pero en primer lugar, en la mayor parte de los casos ya había utilizado también un capital extra para efectuar anticipos al tejedor, a quien por regla general sólo la esclavitud de sus deudas impulsaba a someterse a las nuevas condiciones de producción. Y en segundo lugar, también al margen de ello, el cálculo se presenta con arreglo al siguiente esquema:

Supongamos que nuestro comerciante lleve a cabo su negocio de explotación con un capital de 30.000 ducados, cequíes, libras esterlinas o lo que fuese. De ellos, 10.000 operan en la compra de mercancías

internas, mientras que 20.000 se requieren para su empleo en los mercados ultramarinos. Supongamos que el capital rote una vez en dos años; rotación anual = 15.000. Ahora, nuetro comerciante [1145] quiere hacer tejer por cuenta propia, convertirse en Verleger. ¿Cuánto capital deberá adicionar para ello? Digamos que el tiempo de producción de la pieza, tal como las que vende, sea término medio de dos meses, lo cual es seguramente muy elevado. Supongamos además que debe pagar todo al contado. Entonces deberá suplir suficiente capital como para proveer a sus tejedores hilado para dos meses. Puesto que hace rotar 15.000 al año, en dos meses comprara tejido por 2.500. Digamos que, de los mismos, 2.000 representen el valor del hilado y 500 el salario de los tejedores, de modo que nuestro comerciante necesitará un capital suplementario de 2.000. Supongamos que el plusvalor del que se apropia mediante este nuevo método sólo asciende al 5% del valor del tejido, lo cual significa que la tasa de plusvalor por cierto que muy modesta es del 25%

(2.000c + 500v + 125pv;
125 125
pv' = = 25%, g' = = 5%). Entonces nuestro hombre obtendrá, sobre
500 2500

su rotación anual de 15.000, una ganancia extraordinaria de 750, lo que equivale a decir que en 2 2/3 años habrá recuperado ya su capital suplementario.

Pero a fin de acelerar su venta, y por ende su rotación, y para de ese modo obtener, con el mismo capital y en un lapso más breve, la misma ganancia es decir que, en el mismo lapso que hasta el presente, obtendrá una ganancia mayor obsequiará al comprador una pequeña parte de su plusvalor, venderá más barato que sus competidores. Estos también se transformarán paulatinamente en Verleger, y entonces la ganancia extraordinaria se reducirá para todos a la ganancia habitual, o inclusive a una ganancia menor para el capital acrecentado de todos ellos. La uniformidad de la tasa de ganancia estará restablecida, aunque posiblemente en otro nivel, por el hecho de que una parte del plusvalor obtenido en el interior ha sido cedido al comprador externo.

El paso siguiente en el sometimiento de la industria al capital se produce en virtud de la introducción de la manufactura. También ésta permite al manufacturero, quien en los siglos XVII y XVIII en Alemania, en forma casi generalizada, hasta 1850, y en algunos lugares hasta el día de hoy es aún las más veces su propio comerciante [1146] exportador, producir más barato que su competidor chapado a la antigua, el artesano. Se repite el mismo proceso; el plusvalor apropiado por el capitalista manufacturero le permite o en su caso se lo permite al comerciante exportador, que lo comparte con él vender más barato que sus competidores, hasta la generalización del nuevo modo de producción, caso en el cual vuelve a producirse la nivelación. La tasa de ganancia comercial preexistente, inclusive si la misma sólo se halla localmente nivelada, sigue siendo el lecho de Procusto en el cual se cercena sin piedad el plusvalor industrial excedentario.

Si la manufactura logró imponerse gracias al abaratamiento de los productos, mucho más aún lo hace la gran industria, que con sus siempre renovadas revoluciones de la producción abate cada vez más los costos de producción de las mercancías, eliminando inexorablemente todos los modos de producción anteriores. También es ella la que, en virtud de este proceso, conquista definitivamente el mercado interno para el capital, pone fin a la producción en pequeña escala y ala economía natural de la familia campesina autosuficiente, elimina el intercambio directo entre los pequeños productores, y pone a toda la nación al servicio del capital. Asimismo nivela las tasas de ganancia de los diversos ramos comerciales e industriales de los negocios para conformar una sola tasa general de ganancia, asegurándole por último a la industria el lugar de predominio que le corresponde en esa nivelación, al

remover la mayor parte de los obstáculos que se oponían hasta el presente a la transferencia de capital de un ramo al otro. De ese modo se lleva a cabo para el intercambio global, en general, la transformación de los valores en precios de producción. En consecuencia, esta transformación se efectúa con arreglo a leyes objetivas, sin la conciencia ni la intención de los participantes. El hecho de que la competencia reduzca al nivel general las ganancias excedentarias por encima de la tasa general, sustrayéndole así de nuevo al primer apropiador industrial el plusvalor que sobrepasa el término medio, no ofrece dificultad teórica alguna. Pero en la práctica ello ocurre tanto más por cuanto las esferas de la producción que tienen plusvalor excedentario, es decir que tienen un capital variable elevado y un capital constante bajo, vale decir una baja composición de capital, son precisamente, por su naturaleza, aquellas que en forma tardía e incompleta resultan sometidas a la explotación capitalista; sobre todo, la agricultura. En cambio, en lo que atañe a la elevación de los precios de producción por encima de los valores de las mercancías, necesaria para elevar al nivel de la tasa media de ganancia el plusvalor deficitario contenido en los productos de la esfera de composición alta del capital, ello tiene un aspecto teórico extremadamente dificultoso; pero, tal como hemos visto, en la práctica se efectúa de la manera más fácil y rápida. Pues las mercancías de esta clase, cuando se producen por vez primera de manera capitalista e ingresan al comercio capitalista, entran en competencia con mercancís del mismo tipo fabricadas según métodos precapitalistas, y que por ende son más caras. Por consiguiente, el productor capitalista, incluso renunciando a una parte del plusvalor, aún puede seguir obteniendo la tasa de ganancia vigente en su localidad, la cual originariamente no poseía una relación directa con el plusvalor, porque había nacido del capital comercial mucho antes aún de que se hubiera producido de manera capitalista, es decir mucho antes de que fuese posible una tasa industrial de ganancia.